

crisis de los misiles, en la cual, según la autora, una vez más destacaron “los atributos de una diplomacia mexicana pacifista y defensora de los principios para la convivencia”. Al mismo tiempo, ofrece un relato amplio sobre el desarrollo de la IX Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, celebrada en Washington en julio de 1964. En dicha reunión, los miembros de la OEA aplicaron el bloqueo económico a Cuba y ejercieron presión diplomática para la ruptura conjunta de relaciones con la isla. Sólo Bolivia, Chile, Uruguay y México votaron en contra de la resolución que estipulaba que los Estados miembros de la OEA no mantendrían relaciones diplomáticas, consulares, ni económicas con Cuba. Sin embargo, la autora señala cómo México fue el único país en no acatar las resoluciones, mientras que los demás fueron cediendo paulatinamente hasta el punto de declarar rotos los vínculos diplomáticos con el gobierno de Fidel Castro.

Leticia Bobadilla concluye afirmando “que la exclusión de Cuba de la OEA ni contribuyó al fortalecimiento de la organización ni ayudó a resolver el diferendo entre ese país y Estados Unidos”. Por el contrario, quedó marginada e imposibilitada para abrir espacios de diálogo y negociación entre Washington y Castro. Por su parte, México se quedó sólo en su intento por frenar los afanes intervencionistas estadounidenses. Sin embargo, los diplomáticos mexicanos pudieron dar continuidad y mantener la coherencia de una política exterior basada en los principios, resultado de la propia experiencia histórica.

Al terminar la lectura de este libro, surgen inevitables varias preguntas: ¿Es la OEA un organismo internacional vigente a principios del siglo XXI? ¿Puede este or-

ganismo dar respuesta hoy a los conflictos entre los países americanos? ¿Sirve la OEA para frenar los afanes intervencionistas de Estados Unidos una vez concluida la guerra fría y en el contexto de un mundo unipolar? ¿Acataría el gobierno estadounidense las resoluciones de la OEA que fueran en contra de sus intereses geoestratégicos?

Las respuestas a estas interrogantes parecen de obvia resolución, y el proceso de estancamiento y declive del organismo se vislumbra como inevitable. Lo que sí se puede impedir, e incluso revertir, es la tendencia de los últimos años en el sentido de sacrificar los principios en aras de obtener la aprobación del vecino del Norte. Queda demostrado que la diplomacia mexicana ha sido históricamente capaz de llevar adelante una política de principios en los foros internacionales en momentos de crisis y aun en contra de un amplio grupo de países, incluido Estados Unidos. Es hora, pues, de recuperar el rumbo de la historia.

Mónica Toussaint  
INSTITUTO MORA

Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Anagrama, Barcelona, 2006, 505 pp. (Argumentos).

En esta ocasión, Rafael Rojas presenta una radiografía del intelectual cubano en la segunda mitad del siglo XX, que aparece bajo el sugerente título de *Tumbas sin sosiego*.<sup>1</sup> Rayando en lo exhaustivo, este historiador recorre la producción literaria

<sup>1</sup> Tomado de *The Unquiet Grave*, del escritor inglés Cyril Connolly.

para reflexionar en torno a dos problemas ineludibles en la cultura cubana contemporánea, como lo hace ver en la introducción de su libro, estos son: 1) cómo enfrentaron los intelectuales el “drama de 1959”, esto es, sugiere visualizar las actitudes de adhesión y rechazo en torno a este evento, y 2) conocer las maneras en que se dirime el conflicto generado por aquella experiencia. En particular, este autor señala que los desencuentros se acentuaron, en su dimensión simbólica, a partir de la última década del siglo XX. La “guerra civil –asegura Rojas–, se convierte entonces en una guerra de la memoria, protagonizada por los herederos de los dos bandos” (p. 13).

Esta disyuntiva va más allá de la mera curiosidad, pues plantea un problema de subsistencia para la identidad cubana en los años venideros. Sólo para dar una prueba de la inquietud del autor, cito en extenso:

Cuba entra al siglo XXI con una sociedad menos cubana y un mundo más extranjero para persuadirla de que la soledad de la isla es hoy mayor que en vísperas de la revolución [...] Cuba naufraga en las playas de Occidente, desprovista de una herencia liberal y republicana que asegure su reinserción en la modernidad (p. 43).

Aunque debatible, este fragmento plasma una preocupación de actualidad: ¿qué va a ocurrir en una isla caribeña con profundas contradicciones y heridas de la memoria que no parecen cicatrizar?

Ahora bien, el subtexto de esas líneas invita a cuestionar los dogmas de su responsables. ¿Reinserción a la modernidad? ¿Quiere decir que la revolución de 1959 y el régimen que hoy pende de un hilo, fueron meros accidentes? O, peor aún, ¿su-

pone que existe una linealidad histórica en que deben inscribirse todas las sociedades? Esto es, la afirmación de Rojas posee un sustrato teleológico. El problema aquí no es lo polémico, sino la falta de sustento. En pocas palabras, sólo se sostiene en un fundamentalismo democrático y en la creencia en un canon occidental. Además, la sensación de naufragio no es exclusiva de Cuba y no queda clara en las fuentes que desbroza.

Por otra parte, resulta sobrecogedor el posible cuadro de la Cuba poscastrista, casi igual de alienante que las políticas totalitarias que se practican en ese país: “Mercado sin república, democracia sin nación” (p. 44). Si bien hay desencanto en esta sentencia, Rojas reniega del nihilismo y hace las veces de cirujano para abrir otras perspectivas. Es decir, acomete la delicada labor de disección de la memoria, asistiendo a los artefactos donde queda atrapada la literatura, al tiempo que evidencia las redes de sociabilidad de las élites intelectuales: los periódicos, las revistas y los libros. Así, como señala Christopher Domínguez Michael: “Rojas va leyendo en busca no sólo del pasado, sino del destino de la inteligencia cubana”.<sup>2</sup>

Dejando a un lado la discusión, cabe advertir que Rafael Rojas estructura su ensayo en tres partes. En la primera describe las políticas culturales en diversos momentos de la historia reciente de Cuba. Aquí llama la atención el rescate historiográfico que este autor hace de la época republicana, cuando la Constitución del '40 concedió un margen de apertura, si se

<sup>2</sup> Christopher Domínguez Michael, “Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano, de Rafael Rojas”, en [www.letraslibres.com](http://www.letraslibres.com), septiembre de 2006.

quiere restringido, pero suficiente para ventilar en la opinión pública tres tendencias nacionalistas: la católica, la comunista y la liberal. El acento crítico deja la condena, pero señala el fracaso de ese modelo republicano.

La condena no desaparece: transitó de un pasado más remoto a uno cercano, pues asegura que el orden republicano –una de las banderas de la revolución contra Batista– fue destruido en 1961. De manera que las nociones de “renacimiento” o “segunda independencia” fueron, ante los ojos de Rojas, construcciones simbólicas convenientes a la élite revolucionaria que asaltó el poder, atizando la confrontación con Estados Unidos como parte de su estrategia legitimadora. Por otra parte, Rojas subraya que otro de los pilares de este proceso fue la resignificación de Martí, uno de los mitos presente en varias etapas del nacionalismo cubano.

El segundo apartado contiene una galería de figuras cuyas biografías están marcadas por la experiencia de la revolución. En esta, Rojas rescata desde el intelectual orgánico –Cintio Vitiers y, en menor medida, Roberto Fernández Retamar– hasta el disidente y perseguido –Heberto Padilla y Raúl Rivero–, pasando por el historiador Manuel Moreno Fraguinalds, el literato Guillermo Cabrera Infante y el cineasta Jesús Díaz.

Por último, la tercera parte refiere algunos rasgos de las representaciones literarias y artísticas actuales, señalando el quiebre del “canón nacional”, esto es, el tránsito del orden poscolonial al transnacional-multicultural, pues “mientras el poder se vuelve más represivo e ideologizado, la cultura se vuelve más autónoma y crítica” (p. 463). De esta manera, identifica varios momentos en la política cultu-

ral pos-1959. Antes que nada, el nacionalismo revolucionario fue generado entre 1961 y 1968 en publicaciones como *Lunes de Revolución*, *La Gaceta de Cuba*, *Casa de las Américas*, *El Caimán Barbudo*, y gran parte de la producción narrativa, poética, plástica y cinematográfica que pusieron énfasis en el cambio social. Las políticas se endurecieron en la medida en que el régimen cubano se estalinizó, sobre todo a partir de su apoyo a la invasión a Checoslovaquia. El episodio emblemático que da inicio a esta etapa es el juicio y encarcelamiento de Heberto Padilla.

Finalmente, Rojas advierte que tras la desaparición de la Unión Soviética, el régimen castrista recompuso su legitimidad con base en el nacionalismo poscomunista. Sin embargo, las representaciones de la isla parecen caminar de manera autónoma y distanciarse cada vez más de la línea oficial. “En los últimos años –advierte Rojas–, Cuba comienza a dejar de ser percibida como lugar de utopía social y recupera su vieja estampa de fantasía erótica” (p. 375).

Por lo tanto, Rafael Rojas exhorta a tres sujetos históricos (la revolución, la oposición y el exilio) a desatar algunos “nudos de la memoria” que obstaculizan la reconciliación nacional (p. 383). Según el autor, debe construirse una tercera vía entre el discurso que pergeña la memoria oficial, donde la revolución es el “sucedido inaugural de una era gloriosa y definitiva de la historia cubana” como nación soberana contraria a la burguesía neocolonial, y el de la memoria exiliada, asida a una visión ilegítima de Castro por la falta del referéndum de normas electorales y la traición al republicanismo.

En suma, Rafael Rojas propone edificar una memoria integradora sobre las bases de una cultura fragmentada por la re-

volución, la disidencia y el exilio. Así, *Tumbas sin sosiego* expresa la tensión entre el anhelo de reconciliar la nación para constituir un orden político plural, por un lado, y el convencimiento de que las instituciones políticas cubanas no incluyen esa diversidad, por el otro.

Por momentos, el texto es abigarrado y laberíntico. Sin embargo, es posible subrayar cuatro aspectos. En primer lugar, presume una acuciosa investigación de libros, revistas y sociabilidades de las élites intelectuales, tanto de la isla como de la diáspora. En segundo lugar, la obra posee un armazón teórico que a veces raya en el pastiche. En efecto, sus referencias dan cita por igual a estructuralistas (Todorov) y a posestructuralistas (Foucault, Deleuze y Derrida) como a teóricos de la hegemonía (Gramsci) y de la posmodernidad (Habermas y Lyotard), pero la posible falta de cuidado en este sentido enriquece la problemática de la obra.

En tercer lugar, debe notarse una profunda convicción liberal recelosa de las utopías y de las filosofías de la historia. Consciente o no, Rojas abandera la presunta perfectibilidad de la representación política y la bondad de las libertades civiles. Al mismo tiempo, hace eco de la tesis de Fukuyama de fin de la historia al suponer que los cubanos que habitan la isla son exiliados del tiempo. Pasó por alto que no existe una linealidad en el devenir histórico, al ser presa de metanarrativas de la modernidad, como nacionalismo, republicanismo y liberalismo.

Por último, y quizás sea la parte más valiosa, Rojas invita a la reflexión en torno a problemas de identidad, memoria y nación en los albores del siglo XXI. Aquí se muestra desconfiado del nihilismo y del multiculturalismo, una vez más, en nom-

bre de un republicanismo tolerante y reconciliador. En este sentido, muestra la falta de consenso —pues ni siquiera existen las posibilidades para lograrlo— en torno a la cubanidad: hay una guerra cuyo campo de batalla rotula el castrismo totalitario, los intelectuales tanto de la isla como de la diáspora, las políticas de Estados Unidos y la opinión internacional. En efecto, el punto de arribo de *Tumbas sin sosiego* es la invocación a una narrativa que dé paso a la conciliación, en lugar de abonar a favor de “relatos excluyentes e irreconciliables de un pasado común” (p. 378).

Siguiendo las pautas de Rafael Rojas, resta por estudiar dos procesos: por un lado, la construcción social de la idea de revolución cubana y, por el otro, la generación de una tradición revolucionaria que expresa la memoria mediante historiografía, monumentos y museos. En pocas palabras, es necesario seguir los caminos que plantean el tipo de comunidad nacional que será imaginada (Anderson) y la tradición que será inventada resignificando el pasado (Hobsbawm).

Diego Pulido Esteva  
INSTITUTO MORA

Mabel Moraña y Ma. Rosa Olivera-Williams (eds.), *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2005 (Nexos y Diferencias, 14).

I

Una mujer y su hijo “dogmáticamente anticarnívoro” entran a un comedor vege-